Narrada con potencia orquestal, esta novela de **Esther Kinsky** nos llama a recuperar el pulso no virtual de la vida

Las heridas del alma y de la Tierra

por ERNESTO CALABUIG

Quien en su día leyese *Arboleda*, de Esther Kinsky (Renania, 1956), recordará la sensación de viaje, calma y duelo que latía entre sus hermosas páginas. Elementos de nuevo presentes en *Rombo*, ambientada también en territorios italianos. Pero no precisa aquí siquiera de la peripecia de aquella narradora que recorría los paisajes con el recuerdo y la nostalgia de una pareja recientemente fallecida.

Sólo hay dos protagonistas en esta novela: la poderosa naturaleza del lugar (las duras montañas y valles del noreste de Italia) y el coro de habitantes que, en eficaz alternancia, narran sus testimonios para tratar de explicarnos la herida y cicatriz que les dejó el terrible seísmo de mayo de 1976, cuando muchos de ellos eran apenas niños en edad escolar.

Se suele comparar a Kinsky con Handke o Sebald, aunque quizá la mayor semejanza sea pertenecer a la tradición del caminante romántico hiperperceptivo, el *Wanderer*, y aspirar aún a una «escritura total», pausada, precisa, a contracorriente de la velocidad que impera en un mundo de pantallas y titulares rápidos. Kinsky muestra las texturas del mundo en su formación y destrucción trágica, nos acerca al propio y lento despliegue de la vida con una potencia orquestal, entonada, en una suerte de sobrevuelo privilegiado y poético que requiere atención y paciencia.

El escenario de esta obra son las rocas, campos, árboles, plantas, animales, aldeas, laderas, montes y ríos alpinos que desembocan en el Adriático, y sus personajes son personas reales que ordeñan ganado, talan árboles, transportan escombros o regentan una pequeña gasolinera-restaurante. Se nos cuentan las catástrofes naturales, sus efectos en la orografía o en la destrucción de las viviendas, pero sobre todo las huellas que quedaron en el alma y la memoria de los lugareños, gente con nombres como Anselmo, Olga, Gigi, Toni, Silvia, Lina o Mara, que tras el terremoto del 76 tuvieron que reinventarse, como los propios parajes, senderos y ríos, que cambiaron de curso.

El «rombo» es la manera de designar al ruido/rugido de fondo previo a los seísmos, avisos que perciben los sismógrafos y las cabras, perros, pájaros o culebras, pero no los limitados seres humanos, tan acostumbrados a la aridez de la existencia, cuya sabiduría, costumbres y leyendas también narra el libro. Kinsky hace una llamada a mirar y recuperar el mundo, el pulso no virtual de la vida. L

ESTHER KINSKY
ROMBO
Traducción de Richard Gross. Periférica. 256 páginas. 19,50 €
Ebook: 12,99 €

En este clásico, **Laurie Colwin** relata preocupaciones muy actuales tan válidas para la cocina como para la vida

La sensatez y el amor de la cocina casera

por CARMEN DE PASCUAL

Cuando en la página 87 de esta excelente traducción leí «gentrificar», corrí al original, porque me pareció (pese a que el término se acuñara en los 60) una anacronía en un libro escrito hace más de 30 años. Mi intuición no era correcta porque Laurie Colwin (Manhattan, 1944-1992) utilizó exactamente ese término («*gentrify*») y con exactamente el sentido ya generalizado. Este comentario pretende anunciar lo más llamativo de un libro que, siendo muchas cosas, es, sobre todo, moderno en la mejor de las acepciones: todas las preocupaciones actuales relacionadas con la alimentación –la desigualdad asociada a la disponibilidad de los alimentos, el origen y la calidad de los productos, los cambios sociales y cómo afectan a lo que se come y cómo se come, el vegetarianismo– están en un libro de 1988, igual que están las preocupaciones de cualquier cocinero: qué cocinar cuando estás cansadísima, qué es bueno tener siempre a mano y en qué merece la pena gastarse dinero –pan, huevos, patatas, verdura de temporada, aceite de oliva, vinagre de Jerez, un cuchillo o una sartén–, cómo disfrazar ingredientes para niños y tiquismiquis, los desastres culinarios y los platos que nos salvan.

He indicado Manhattan, y no Nueva York, como lugar de su nacimiento y muerte, porque su pertenencia a la estirpe de escritores judíos de aquel lugar es esencial en muchos de los temas y cómo los aborda, y porque eso la emparenta con su casi coetánea Nora Ephron, y con el oído para los diálogos y las situaciones (ese «*everything is copy*» que decía Ephron), las descripciones certeras, y el tono con los pies en la tierra, sin concesiones a la tontería ni a la obviedad, pero también con Isaac Bashevis Singer, a quien tradujo del yiddish, por su búsqueda de la sencillez.

Los recetarios son un género literario extraño (memorable el capítulo que Julian Barnes les dedica en su también divertidísimo *El perfeccionista en la cocina*, aunque su humor y su enfoque sean británicos con un toque *à la française*): la precisión y la gracia tienen que estar muy equilibradas. Esto no es estrictamente un recetario, sino un libro bienhumorado y agudo (como sus otras novelas), lleno de recetas perfectamente reproducibles aquí y ahora, y también de recuerdos personales, diálogos y pseudoaforismos válidos para la cocina pero, sobre todo, para la vida. Un libro, más que de bolsillo, «de delantal». L

LAURIE COLWIN
UNA ESCRITORA EN LA COCINA
Traducción de Regina López Muñoz. Libros del Asteroide. 248 páginas. 19,95 €
Ebook: 9,99 €